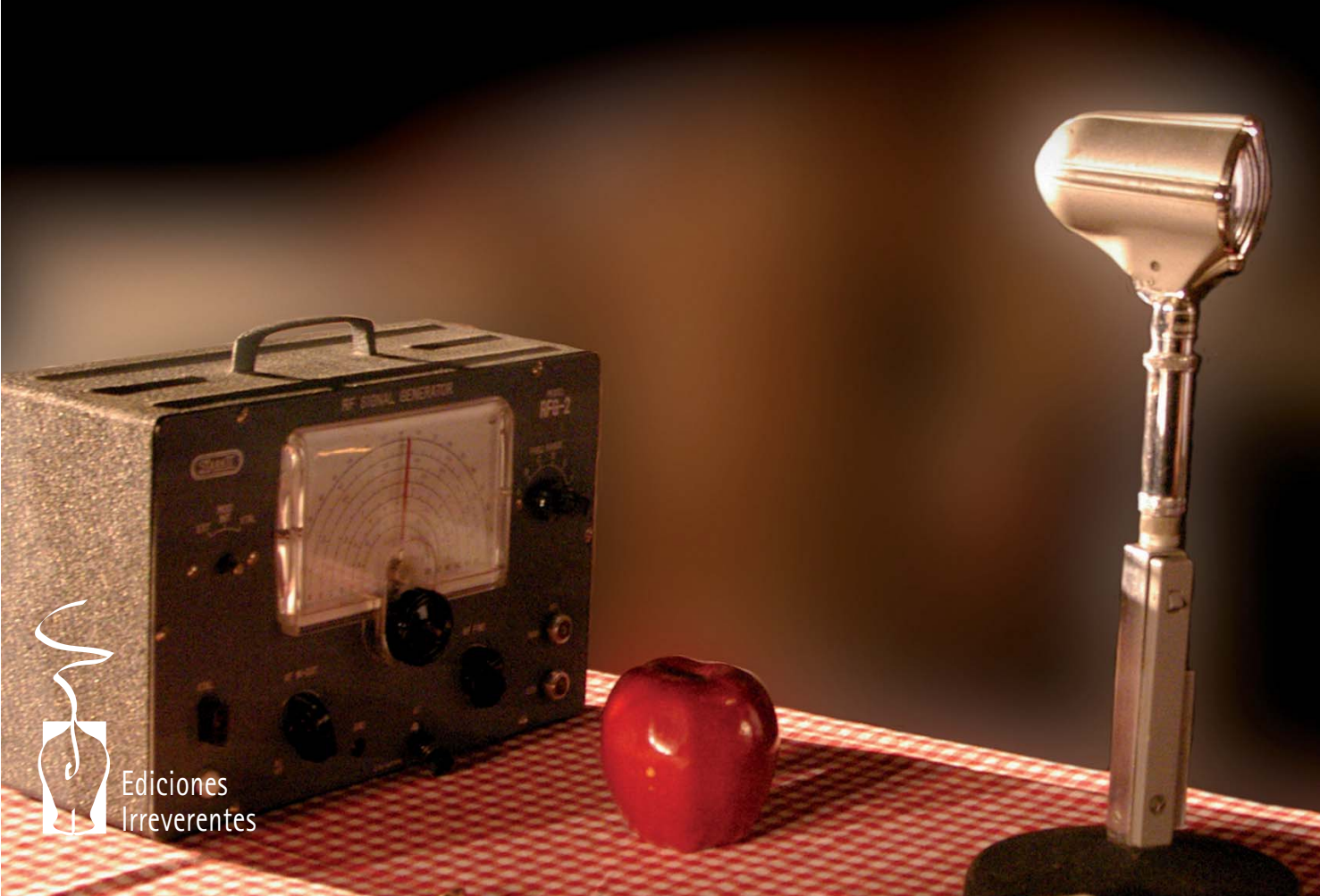


Antología

Yo también
escuchaba
el parte de RNE



Ediciones
Irreverentes

ANTOLOGÍA

YO TAMBIÉN ESCUCHABA EL PARTE DE RNE

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

© Miguel Ángel de Rus, Nelson Verástegui, José Enrique Canabal, Isaac Belmar, Andrés Fornells, José Luis García Rodríguez, Manuel A. Vidal, Álvaro Díaz Escobedo, Manuel Villa Mabela, Francisco Legaz, Johari Gautier, Pedro Amorós

Mayo de 2010

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-64-4

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	7
SW	
MIGUEL ÁNGEL DE RUS	9
¿Cuánto cuesta soñar?	
NELSON VERÁSTEGUI	17
La guerra de nadie	
JOSÉ ENRIQUE CANABAL	27
La última línea de defensa	
ISAAC BELMAR	41
El misterio, fascinación y belleza de una voz	
ANDRÉS FORNELLS	51
Radio Nacional de España, una, grande y libre	
JOSÉ LUIS G ^a RODRÍGUEZ	63
Quimera	
MANUEL A. VIDAL	81
Pánico en las ondas	
ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO	117
Los barcos atuneros regresan a puerto	
MANUEL VILLA MABELA	124
El transistor de Adán	
JOHARI GAUTIER CARMONA	139
Traumatismo craneal	
FRANCISCO LEGAZ	145
La ciudadela	
PEDRO AMORÓS	163

PRÓLOGO

Aquellas radios de válvulas de los años 60, con su mueble de baquelita, con sus grandes mandos redondos para buscar las frecuencias, AM, FM, SW y VHF —conceptos que por entonces nos parecían sacados de libros mágicos— y con nombres escritos en el frontal que inducían a soñar, como Radio Moscú, BBC, RNE, Radio Suiza Internacional, Deutsche Welle, Radio Habana Cuba, Voice of America o Radio France International, fueron nuestros acompañantes de infancia, de adolescencia, y para los más veteranos, de una madurez que se vivió en plena guerra fría. Era una radio de voces potentes, con teatro, radionovelas e informativos que se escuchaban más que para saber qué se decía para interpretar qué estaba sucediendo en realidad.

Para aquella radio trabajaron escritores que crearon historias de ficción que llenaron el tiempo gris de nuestras madres y abuelas, periodistas que gritaron el gol del equipo de la ciudad en domingos de traje y transistor, locutores que presentaban canciones, casi siempre en español, e incluso piadosas locutoras que daban consejos a nuestras madres y abuelas sobre cómo ser una perfecta mujer y ama de casa.

Así pues, lo mismo que sucede en la actualidad, pero con otras voces y otros conceptos.

Esa radio marcó nuestro ritmo de vida, nos relacionó con la parte de la realidad menos cercana y fue vital para crear nuestro imaginario.

Las cadenas de televisión en manadas estaban por llegar y aún quedaba tiempo para que las teleseries norteamericanas nos enseñaran a vivir el *american way of life*. Nuestra personalidad y nuestros gustos se forjaron más por el sonido que por el bombardeo de imágenes que se sufre en la actualidad. Las noticias eran entonces *El Parte*, y cualquiera que tenga ya canas lo habrá escuchado con absoluta certeza, por mucho que el recuerdo se le haya diluido. Dijeron que la radio moriría con el nacimiento de la televisión, después se vaticinó su muerte por culpa de los tocadiscos, de Internet y del iPod, pero ahí sigue, cada vez con más oyentes y creando esos paisajes que nos acompañan en la rutina cotidiana.

Yo también escuchaba el parte de RNE es un libro de relatos y un homenaje a los grandes tiempos de la radio, en el que se reúnen historias de guerra y postguerra, las voces que nos enamoraron, la onda corta como casi única relación con la patria de exiliados, emigrantes y trabajadores forzados, como los pescadores. Hay en este libro también historias delirantes que toman la radio como excusa o punto de partida de vidas y muertes nada comunes.

Los escritores Nelson Verástegui, José Enrique Canabal, Isaac Belmar, Andrés Fornells, José Luis G^a Rodríguez, Manuel A. Vidal, Alvaro Díaz Escobedo, Miguel Ángel de Rus, Manuel Villa Mabela, Johari Gautier Carmona, Francisco Legaz y Pedro Amorós se han unido para hacer con sus relatos un homenaje a la radio que nos crió y a las vidas sobre las que ha influido en estas décadas. Son textos en los que se encuentra humor, nostalgia, acidez, ironía y todos aquellos sentimientos que afloran cuando se recuerda el pasado, que como todo el mundo sabe, fue mejor, o tal vez no.

Yo también escuchaba el parte de RNE es un libro para tener encuentros esporádicos, leer un relato, saborear las palabras, cerrar el libro y recordar cómo fue nuestra vida.

EL EDITOR

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

Ha publicado las novelas *Dinero, mentiras y realismo sucio*, *Europa se hunde* y *Básle, mi sangre, mi alma*. Es autor de los libros de relatos *Evas*, *Malditos*, *Donde no llegan los sueños*, *La civilización y la nada*, *Putas de fin de siglo* y *Cuentos Irreverentes*, del libro de artículos *237 razones para el sexo*, *45 para leer*, y del ensayo *Perlas del pensamiento misógino*. Ha participado en la *Antología del relato español*, *Freakciones: 6 películas, 6 mutaciones* y *Poeficcionario*, entre otros

SW

Bebía una típica cerveza norteamericana de baja graduación y cabeceaba con gesto crispado. Él –se decía– siempre había sido un buen ciudadano y por culpa de aquella zorra se encontraba allí.

Se levantó bruscamente y anduvo algunos pasos por el interior de la confortable cabaña de madera, sin atreverse a salir. Sabía por fin lo que sienten los animales en los parques zoológicos.

Un tipo como él, agente de bienes raíces de éxito, estaba acostumbrado a los espacios abiertos, a ir en coche de un lado a otro. Y en el coche escuchaba la radio, siempre una emisora en español –desde que llegó a Estados Unidos desde Cuba, huido del socialismo, no se había acostumbrado a los molestos sonidos que emitían los anglosajones– y casi siempre en Onda Corta, Radio Exterior de España. Las emisoras hispanas le saeteaban con música acaramelada en las que un hombre se quejaba siempre de los desprecios de una mujer, o hablaba de sábanas mojadas, o le recordaba que ella sería suya por siempre, y anuncios, muchos anuncios de abogados, promesas de conseguir la *green card*, préstamos inverosímiles sobre su hipoteca; pero en Radio Exterior seguía las intrigas políticas de la madre patria, el fútbol, los programas culturales y de gramática española que le ayudaban a subsanar

los errores que suelen cometer los hispanohablantes emigrados. Y lo más importante, conocía las noticias de Cuba, su país, sin la deformación propia de las agencias norteamericanas. Gracias a Radio Exterior de España se enteraba de cómo estaba de su enfermedad Fidel Castro, si habría invasión a Cuba desde Miami, y quiénes eran los jefes de Estado de todo el mundo que iban a rendirle honores al hospital al viejo revolucionario. Sin cesar había esperado que murieran Fidel Castro y el socialismo para volver a Cuba y enriquecerse rápido sirviendo a los turistas norteamericanos.

Siempre llevaba consigo una radio con cobertura de las bandas universales y con control de sintonía fina para poder captar con más precisión en SW. Extrajo de una bolsa de deportes el aparato y lo encendió. Estaba terminando una canción en la que un grupo mostraba con voz triste del cantante su deseo de volver a ser niños. Sentir una voz amiga en español le calmó.

Pasado un minuto, un locutor de voz engolada comenzó a desgarrar las noticias de España. El gobierno se mostraba incompetente ante la crisis, la oposición conservadora no era capaz de ofrecer ideas, y el presidente de la patronal cerraba dos de sus empresas dejando débitos de miles de millones de euros y a muchos profesionales en la calle.

–En todo caso hay gente que es peor que yo, dijo entre labios. Al menos yo tengo razones decentes para la maldad.

Abrió nervioso una nueva cerveza. Siempre había preferido la mexicana, pero al menos tenía algo.

Se pasó rápido a las noticias internacionales, a los muertos ocurridos cada día en la guerra de ocupación que Estados Unidos y sus aliados europeos mantenían en Afganistán e Irak, todo de pasada, con el tono de lo cotidiano. La voz cambió y puso un tono tétrico para anunciar algo ocurrido en Estados Unidos. Tras escuchar las primeras palabras quedó lívido.

«... el país está conmocionado por la muerte de una modelo erótica, una conejita Playboy, cuyo cadáver apareció en una bolsa de viaje

dentro de un basurero. El sospechoso del brutal crimen es su novio, un cubano estrella de un programa televisivo, un reality show. Las autoridades de Estados Unidos y Canadá buscan a... –iban a decir su nombre, cerró los ojos y puso una mano sobre la frente, iban a decir su nombre... lo habían dicho y quedaba manchado para siempre– ... de treinta años. La policía sigue sin conocer el paradero de este agente de bienes raíces, presidente de una compañía de Calgary. Se cree que puede estar viajando en estos momentos hacia Canadá en un coche.»

–Lo saben todo, los perros de la policía. ¿Por qué no me detienen, pues? ¿A qué juegan?

La radio continuó.

«Jessica Smith, la modelo erótica asesinada, iniciaba una carrera llena de fama y dinero. Trabajaba para la revista de las conejitas donde había aparecido desnuda, y había sido protagonista de varios vídeos de alto contenido erótico. Las autoridades han confirmado que el presunto asesino vivía con Jessica cerca de la playa, en Costa Mesa, en el condado de Orange, al suroeste de Los Angeles.»

El huido sabía que conducir desde el sur de California hasta Canadá lleva al menos veinticuatro horas sin detenciones, pasando por los estados de Oregón y Washington para luego cruzar hasta Vancouver. Era una presa fácil para la policía.

–Tengo que buscar carreteras alternativas –balbució. –Mierda, quería ser conocido, ser una estrella ¿para qué? Ahora soy conocido en todo el mundo, y todos son mis enemigos.

Acabó la botella de un trago mientras la radio le mostraba la magnitud de la desgracia.

«El propio criminal fue quien llamó a la policía para informar que la conejita había desaparecido, pero a esa hora las autoridades ya habían encontrado e identificado el cuerpo de la modelo muerta. El cadáver fue hallado por un mendigo de raza negra que hurgaba en un depósito de basura de botellas y latas y se encontró con el cuerpo sin vida de la modelo, estrangulada. Añade morbo a la historia el que no

se sepa con certeza si ambos acababan de casarse en Las Vegas, Nevada. La modelo saltó a la fama más que con sus desnudos con su participación en un programa *reality* llamado *I Love Money* y en *Megan Wants A Millionaire*, donde tuvo que salir con varios hombres esperando encontrar su gran amor. Y en este concurso halló su gran amor. El mismo que al parecer la ha asesinado.»

Apagó la radio con ira. Tendría que salir y conducir rápido mientras fuera de noche. Quizá así resultara más difícil que le localizaran. Tuvo un momento de lucidez y comprendió que podían seguirle la pista por su teléfono móvil. Lo dejó allí. Subió al coche y condujo hasta una gasolinera, donde llenó el depósito y compró doce cervezas. El muchacho que le atendió, un asiático de gesto ceñudo, pareció reconocerle.

Arrancó despacio con la intención de no infundir sospechas, pero al sentirse lejos de la gasolinera aceleró al límite de lo posible. Tenía apenas cuatro horas hasta que comenzara a amanecer. Quizá no fuera la mejor idea ir hacia Vancouver. Pensó lugares alternativos, pero todo su cerebro se convirtió en Jessica, posando para unas fotografías, en un vídeo erótico, juntos en la playa cuando su absoluta indecencia le resultaba tan placentera, gozando en el mismo asiento en el que él se encontraba, el cuerpo de ella sobre el suyo... La carretera era su pelo rubio platino y cada viraje eran sus senos, la calidez de su cuerpo. Sintió que se agitaba su respiración.

—Maldita puta.

Y a cada minuto estaba más seguro de haber hecho lo correcto matándola y al mismo tiempo lamentaba más haberlo hecho. Las noches del concurso... esas noches en las que se desahogaba la pasión contenida, sin dormir, como mamíferos febriles, en un celo salvaje... El recuerdo de aquellas noches le ahogaba.

—Ya le perdoné que se hubiera acostado con todos los demás hombres del programa, eran las reglas del juego, pero aquello ya había acabado. Ya éramos uno. Debí parar, no soy el culpable. Le perdoné su pasado de maldita puta, debí parar.

Puso la radio para dejar de pensar. Country, anuncios de abogados, una idiota que recibía llamadas de gente extraña a la que daba consejos, más música en inglés, todo en inglés, un tipo que aconseja el cuchillo que lo corta todo. Apagó de un golpe.

–Su país, su idioma, su moral, sus leyes. No queda sitio para las personas que no vivan su locura.

La frase sonó como un rugido al tiempo que en el retrovisor le deslumbró el brillo de luces rojas y azules. Escuchó las sirenas. Le iban a cazar. Dijo algo en alto, como si alguien pudiera oírle, como si pretendiera imbuirse de seguridad.

–No os voy a dejar que me llevéis al corredor de la muerte. Soy hispano y ella era una wasp, así que no tengo esperanza. No me vais a coger con vida, hijos de puta.

Aceleró con violencia y comenzó a dar bandazos para evitar que le adelantaran los coches de la policía y le bloquearan el camino. En algunos tramos se metió en los carriles de dirección contraria. Los coches que intentaban evitar el choque perpetraban un ballet estúpido. Aunque llevaba las ventanillas cerradas, un ruido grave le llegó nítido del cielo. Un helicóptero. Estaban emitiendo su caza en directo, había sido protagonista del espectáculo del amor para millones de tarados que le vieron felices frente a sus televisores en otros tiempos, y ahora iba a ser su muerte el espectáculo.

–La vida es mentira. Es sólo un hueco entre anuncios.

Supo al decir la frase que quizá fueran sus últimas palabras. En aquellos momentos, una barrera de cemento separaba sus carriles de los del sentido contrario, y tres coches de policía estaban detenidos formando un triángulo absurdo a lo lejos. Tras ellos, varios policías adoptaban posturas ridículas para apuntarle con sus pistolas.

Mientras se agachaba para no recibir un impacto de bala sólo dijo, «Padre, no me arrepiento, pero si existes, me perdonarás» e hizo un último esfuerzo en acelerar.

Las televisiones de Estados Unidos pudieron emitir, gracias al gran trabajo de los ocupantes del helicóptero, el brutal choque del coche del fugitivo contra los vehículos de la policía. En directo, como deben ser las cosas según las leyes del espectáculo. La explosión fue casi instantánea y el coche del huído se convirtió en una inmensa llamarada. Cinco de los policías no tuvieron mejor suerte. Honradas familias norteamericanas se desayunaron las rosquillas y la leche con cacao de todos los días mientras veían a aquellos cinco agentes morir de un modo terrible. Las audiencias serían aquel día, sin duda, espectaculares.

Yo acababa de levantarme, cambié el canal varias veces, horrorizado, sin poder huir del espectáculo de la violencia. Al fin encontré uno en el que había algo distinto. Un tipo con traje hablaba de la bondad, de la misericordia, de la bondad de Dios y cómo la hermandad entre los hombres salvaría el mundo, mientras a sus pies aparecía un número de cuenta al que enviarle dinero. Apagué la televisión, me serví el desayuno y pensé que quizá fuera el tiempo de irse de aquellas tierras. El problema es que no se me ocurría dónde podría ir para escapar de la estupidez.

Bebí el café fuerte y me quedé mirando por la ventana, la cabeza vacía.

NELSON VERÁSTEGUI

Nelson Verástegui es autor de la novela *El baúl de Napoleón*, del libro *Relatos en corto para lectores inteligentes con prisa*, y ha participado en el libro *Antología del relato negro I* y en la antología *Las estratagemas del amor*.

¿CUÁNTO CUESTA SOÑAR?

Como todos los lunes en la tarde, Robert llegó al consultorio de su psicoanalista. Como siempre se acostó en el diván y cerró los ojos. Ella era una mujer madura de cabello blanco prematuro para su edad y piel casi sin arrugas (cirugía plástica pensaba él), estaba sentada como siempre en un sillón detrás del diván con una libreta y un lápiz en la mano junto a una lámpara. Las cortinas estaban cerradas, la luz, tenue y un aroma suave como de inciensos de la India llenaban el ambiente. El color marrón dominaba la habitación. El vestido verde oliva de Marión contrastaba con todo. Robert tenía las manos con los dedos entrelazados sobre su gordo vientre.

«¿Ha podido soñar?», preguntó. «No, nunca he soñado y estoy cansado de ver que este tratamiento no me ha servido», contestó Robert. «Lo raro es que cuando yo lo hipnotizo, usted me cuenta cosas que parecen sueños. Es más, estoy segura de que son sus sueños», comentó. «No sé. Cada noche es lo mismo. Me acuesto cansado y a veces no duermo. En otras ocasiones, cierro los ojos y cuando los vuelvo a abrir, es de día, pero para mí han pasado apenas unos segundos. ¡Nunca he soñado en mi vida! Nunca», replicó desesperado. Marión seguía tomando notas como si nada, mientras su paciente repetía la misma letanía de siempre.

«La hipnosis es un estado de sueño controlado y usted me cuenta lo que ve. Por lo tanto sueña», dijo al cabo de un rato. Con una voz suave y decidida, la sicoanalista empezó su trabajo de sugestión hasta que Robert entró en un transe profundo y empezó a contar lo que iba viendo.

«Estoy en un hotel muy viejo. Los corredores son oscuros. Los pisos de madera crujen bajo mis pasos. En mi mano derecha llevo una tarjeta postal. Es de un paisaje en blanco y negro. Se ve un pueblo o una ciudad a lo lejos delante de una montaña. Es un jueves a las ocho de la mañana. Pienso en mi pequeña esposa adorada. Por fin me voy esta mañana, dentro de hora y media. Estoy contento. El tiempo pasa demasiado lento en este lugar. Ayer, no salí. Caía agua casi todo el día. Menos mal tenía mi radio de onda corta y pude al menos escuchar Radio Exterior de España. Por eso en la tarde, estuve harto y me metí en la tina del baño hasta las 9.30. Me gustó que hubiera baños en el hotel y nada caros. Ayer por la noche hacia las 9 o 10, ¡qué tormental! Eran increíbles los rayos, relámpagos y truenos. En general no les tengo miedo, pero allí sin embargo, estos me sacudieron. Ya es hora de que vuelva. Hoy el tiempo está gris, ¡lástima!, porque pronto subiremos por La Faucille que es nuestra ruta de partida pero no podré ver el paisaje lemánico desde lo alto», dijo Robert con una voz como de cámara lenta o de drogado.

Su sicoanalista seguía tomando nota, tratando de descifrar lo que ese sueño podría significar. Robert era soltero y nunca había tenido mujer. Es más, casi no había tenido experiencias amorosas. Le habló una vez de un amor de juventud que lo dejó por otro y de una de sus secretarías con quien tuvo una aventura que no duró mucho pues sintió que se estaban enamorando y no era conveniente ni por su trabajo ni por el qué dirán. Robert siguió contestando en medio de su hipnosis a las palabras de la especialista.

«¿Qué dice la postal que lleva en la mano?», preguntó Marión. «Está escrita con letra difícil de descifrar. A ver. ¡Ah!, sí. Dice lo

siguiente: Por mi parte, soy feliz estando aquí, estamos mucho mejor que en Saboya. Tengo una tierra que es la más bonita del mundo, una campaña muy extensa sobre un terreno un poco en pendiente. Tuve una buena cosecha de trigo, será lo mismo con el maíz que se comienza actualmente a cosechar. Tengo diecinueve vacas, un caballo que alimento sin problemas. Todo el año, es la misma cosa. Nos encontramos aquí como en el tiempo de los patriarcas: inmensas manadas cubren los campos y todo el mundo es pastor. Me encanta escuchar emisiones de onda corta por las noches, es mi único enlace con Europa. Tal es nuestra existencia», contestó Robert.

Eso no tenía pies ni cabeza, pensaba Marión. ¿La Faucille, el lago de Ginebra, la Saboya? ¡Eran regiones tan lejanas! Ya había hablado de ellas en otros sueños. Ella las buscó en el Atlas y las encontró en Francia muy cerca de Suiza. ¿Cómo podía soñar este señor con sitios tan remotos? Ellos estaban en Xalapa, México, a miles de kilómetros y Robert nunca había vivido en esas regiones. Su padre era francés había sido músico y se había ido a vivir a México donde nació ese único hijo. Su mujer había muerto en un accidente de tránsito y él había tenido que educar y cuidar solo a su pequeño Robert. Cuando se jubiló regresó a Francia y allí murió. Robert no quiso nunca dejar su país de nacimiento.

«Robert: ¿Qué dice en la firma de la tarjeta postal?», inquirió. «No sé. Está muy oscuro este lugar. La habitación huele a humedad. Hace frío. La diligencia ya está abajo con los caballos listos para salir hacia la montaña. El camino es largo. He abierto la cortina. Afuera llueve. Ya leo mejor el final del texto. Dice: Saludos a toda la familia, a padre y a madre, y los abrazo afectuosamente. San José, 21 de febrero de 1865. Robert y Marión», contestó el paciente.

Ella quedó sorprendida por la fecha, el contexto del relato y por supuesto, los firmantes. ¿Existía la radio en esa época? ¿Qué tenía que ver la Radio Exterior de España con este señor y con esos lugares tan lejanos de Madrid? Era el caso más difícil que había tenido en veinte

años de carrera. Se levantó. Corrió un poquitín la cortina y vio por la ventana la plaza de la ciudad con sus lagartos bajo el sol, los vendedores de mango verde con ají, los fotógrafos callejeros y los adivinadores de la suerte con loros que recogen al azar tarjetas misteriosas de una caja para sus clientes. Respiró profundamente y el aroma de la torrefacción de café de la planta baja le entró hasta el cerebro. Ya era hora de terminar la consulta y de comenzar a sacar a su paciente del letargo.

Al cabo de veinte minutos, por etapas, Robert se despertó y preguntó como siempre: «¿Qué soñé? No recuerdo nada. ¡Maldita sea!» Ella siguió tomando notas y al mismo tiempo le pedía paciencia pues al cabo de un año creía que ya estaba mejorando su estado. En las primeras sesiones Robert se quedaba profundamente dormido y no contestaba a ninguna pregunta. Poco a poco empezó a hablar pero no veía ni oía nada. Hacía pocos meses había entrado a contar sueños cortos y cada vez más ricos e interesantes. «No se preocupe. En poco tiempo podrá recordar lo que sueña. He grabado lo que usted ha dicho durante el transe hipnótico. Ponga cuidado», expuso la sicoanalista. El hombre escuchó atentamente, pero interrumpió la audición levantándose de un golpe y diciendo: «Esa voz no es mía. Estoy harto. No vuelvo más aquí a gastar inútilmente mi dinero».

No era la primera vez que lo decía, pero siempre regresaba al lunes siguiente. Aunque parecía muy determinado, Marión confiaba en su regreso. Lo vio salir enfadado dejándola sola en su despacho. Se levantó y se acercó a la ventana. Abrió muy bien las cortinas. Era un día caluroso y soleado. Había vendedores callejeros de banderitas mexicanas que anunciaban los próximos festejos de la fiesta de independencia. Marión pensaba en sus colegas especialistas del campus Coatzacoalcos-Minatitlán-Acayucan de la Universidad Veracruzana y en el trabajo de investigación que iba a presentarles a partir del tratamiento de Robert, en caso de que lograra que él supiera en carne propia lo que es un sueño, que reviviera sus sueños y que soñara simplemente sin traumatismos. Ella soñaba con el impacto de su investigación.

El olor del café molido la hizo volver en sí. Tendría que encontrar una solución para aislar mejor la ventana y que entrara menos ese aroma que aunque era agradable la emborrachaba a veces. ¿Aumentar el perfume ambiental o convencer al propietario de que instale una campana de extracción de olores hacia el techo? En esas estaba cuando vio a Robert salir a la calle. Iba en medio de la gente que caminaba por la zona peatonal y se dirigía a la gran avenida. Se detuvieron a esperar que cambiara el semáforo. El tráfico era muy fluido y pesado a esa hora. Vio a Robert girando su cabeza para mirar en dirección de su ventana, sus ojos se cruzaron y luego vio cómo, con gran decisión, se tiraba a la calle para que lo atropellara un auto sin que nadie pudiera detenerlo. Gritos, golpes, frenadas, agitación. Robert murió en el acto y con él su incógnita y los sueños de Marión.

Marión recibió una llamada extraña una mañana en su consultorio. Era una periodista de nombre Almudena que preguntaba por Robert. Tenía acento español y hablaba muy rápido. Le costó trabajo entender lo que quería, pues le platicaba de Radio Exterior de España, del correo de oyentes, de onda corta, de emigrantes, de programas dedicados al idioma, al turismo, a la música, al deporte, a la mar, a la solidaridad, a la ciencia y a la medicina y de su deseo de verla personalmente para explicarle con calma lo que necesitaba. Aceptó recibirla por la tarde en un momento más tranquilo.

¿Qué tendría que ver esa periodista con Robert? No le parecía nada claro ese asunto. Hacía varios meses que Robert había muerto. Había comenzado por fin a olvidarlo a pesar de la fuerte impresión que sufrió con su muerte. En realidad no sabía mucho de la vida de Robert fuera de sus sesiones de psicoanálisis. Leyó en el Diario de Xalapa y en el vespertino Seis en Punto unos pocos artículos sobre el empresario de origen francés que había muerto atropellado por un auto en el centro de la ciudad, de la versión del conductor y de algunos transeúntes

que afirmaban que el hombre se había tirado a propósito sobre la vía, que vivía en la ciudad desde hacía más de diez años, que sus socios en un ingenio de caña de azúcar en Mahuixtlán no se explicaban lo sucedido, que el hombre andaba muy mal de ánimo por problemas psicológicos debidos al estrés y a una fuerte depresión que le dio inexplicablemente cuando cumplió cincuenta años, pero nadie mencionó su tratamiento con la sicoanalista. «¡Qué bueno!», pensó Marión que no quería tener problemas ya que a algún imbécil se le podría ocurrir echarle la culpa del muerto. «Ni más faltaba», pensó.

Eran las cinco de la tarde cuando llegó Almudena, una mujer relativamente joven, más bien guapa, con una voz muy agradable y cálida, vestida informalmente. Marión le tenía preparado chocolate con millojas para acompañar la conversación. La periodista sacó de su cartera un paquete de cartas escritas a mano con buena caligrafía y se las mostró a la sicoanalista. Eran cartas que Robert le enviaba semanalmente desde hacía varios años pero que de repente dejaron de llegar. La periodista animaba un programa semanal que se recibía por onda corta, tarde en la noche en esa parte de América, donde hablaba de los españoles en el mundo, los entrevistaba por teléfono, a veces viajaba a países lejanos para ver y explicar cómo vivían los emigrados, comentaba las tarjetas postales que recibía del mundo entero, también presentaba regiones de la península para que sus compatriotas y los hispanohablantes del mundo entero también conocieran a España o entrevistaba a extranjeros que vivían en el país de la periodista.

Las cartas de Robert tan regulares le llamaron la atención rápidamente pues no había tenido un oyente tan fiel. Ella no podía contestarle por escrito pero sí comentaba de vez en cuando en el programa temas que él trataba en su correspondencia y así respondía indirectamente a sus preguntas. Le había declarado el amor que tenía por ella o más bien por su voz, que le parecía tan sensual en la noche. Decía que no quería verla nunca pues prefería imaginársela a partir de la voz. Le contó sus problemas de insomnio, de mal dormir, sus problemas de no poder

soñar o en todo caso de no poder nunca recordar lo soñado. Fue ella la que le aconsejó a través del programa que fuera a consultar un sicoanalista. De manera velada explicó el problema de Robert a sus oyentes y así le hizo llegar consejos no solamente de ella sino de mucha gente.

Marión escuchaba atentamente, leía trozos de las cartas y trataba de ver cómo ayudar a esta mujer. Robert no ponía remite en sus cartas, pero sí explicó que vivía en Xalapa y en algún momento dijo que su sicoanalista, Marión, estaba logrando progresos en el análisis gracias a la sesiones de hipnotismo que le daban esperanza. Contaba también que oía emisiones en francés de Radio France Internationale y a veces las emisiones en francés de Radio Exterior, pero que desde que había escuchado la voz de Almudena, estaba obsesionado en volver a oírla cada semana. Se sentía inadaptado al mundo moderno, los computadores y la Internet le parecían fríos e inhumanos. Su mente se había quedado veinte años atrás cuando se fue de la capital a probar suerte en Veracruz y terminó quedándose.

Almudena estaba en México para realizar una serie de reportajes durante una semana y quería conocer a Robert. La única sicoanalista de nombre Marión en Xalapa era ella. Esperaba que la pusiera en contacto con ese hombre tan especial. Marión se sintió muy mal de tener que contarle lo sucedido. No sabía cómo anunciarle la noticia. Decidió ser directa e ir al grano sin rodeos.

«Me imaginé que le había pasado algo», dijo Almudena, secándose las lágrimas. «Me sentía alagada por sus sentimientos, le tomé afecto, pero no puedo decir que estuviera enamorada también. En realidad lo sentía como un buen amigo lejano, como si fuera un hermano o un primo que vive en el extranjero», explicó. Preguntó cómo era y Marión lo describió someramente como pudo, después de secar también sus lágrimas que con la emoción no había podido contener. Quiso mostrarle las fotos del periódico pero ya los había tirado a la basura. Le dijo que podría conseguirlos en la oficina del Seis en Punto indicando la fecha del suicidio. Se consolaron y se dieron ánimo. Marión decía

que Robert sufría mucho y que tal vez había sido mejor lo sucedido para así terminar con su desesperación que era profunda.

Almudena tenía cita en el Instituto Nacional de Antropología e Historia donde le iban a hablar de los paseos sobre arqueología, historia, artesanía, gastronomía y aventura que ellos organizaban. Tenía que entrevistar también al director del Museo de Antropología y a la autora de un libro sobre cocina veracruzana. Iba a estar muy ocupada y eso le iba a servir para sobrepasar el choque de la noticia sobre la muerte de Robert. Se despidieron con un fuerte abrazo como si se conocieran hacía mucho.

Marión la acompañó hasta la entrada del edificio y la vio caminar en dirección de la avenida donde murió Robert. De pronto le llegó una idea y gritó: «¡Almudena, Almudena, tengo algo para usted!» Subieron de nuevo a su consultorio, Marión buscó en los cajones del escritorio y luego en unos archivadores donde guardaba los expedientes de sus clientes hasta que encontró unos casetes con grabaciones. «Es la voz de Robert. Lléveselas por favor. Al menos lo sentirá un poquito más cercano», dijo Marión y se despidieron de nuevo, esta vez para siempre.

6/1/2010

JOSÉ ENRIQUE CANABAL

Ha publicado las novelas: *Rescaldos*, *Luna de Hojas Muertas*, *El Vidente*, *Marea Baja* y *Luna de papel*, primer Premio Irreverentes de Novela. Ha participado en antologías como *250 años de terror*, la *Antología del Relato Español*, en *Las Estratagemas del amor*, y en *Cuatro*

LA GUERRA DE NADIE

Antón sintonizó la radio al tiempo que Radio Nacional retransmitía un frío parte. Diez de abril de mil novecientos treinta y nueve, emitimos el parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejercito rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Rechazando toda posibilidad de negociación que pudiera empañar la victoria militar y vislumbrar una posible reconciliación, la España nacional sentaba las bases de su origen tras la guerra civil, en una paz militar. El fin de las hostilidades había llegado, pero a los ojos de los españoles, la idea de la «paz honrosa» que había hecho deponer las armas a los restos del ejercito de la Republica era algo ilusorio. La alegría final de las calamidades que toda guerra aporta se enturbiaba, para media España, al pensar en que los vencedores iban a clasificar a la ciudadanía según su actitud durante la guerra y hasta el emplazamiento geográfico donde el conflicto les hubiera sorprendido. Radio Nacional de España emitía todas las noches la consigna que ponía en duda la realidad de la paz. Estos eran sus párrafos finales: «Españoles, ¡alerta! España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior y el exterior» Si los vencedores desfilan «al paso alegre de la paz», los vencidos circulan al paso triste de la derrota. Más que paz, el periodo que el país entero se disponía a afrontar debía ser llamado de posgue-

rra, porque para millones de hombres, el silencio del cañón no significaba la paz.

En aquella soleada mañana de otoño, el sol se mostraba alegre y el verde de los prados resaltaba con el festival de ocre de los robles, proporcionaban al paisaje una calidez que contrastaba con la desazón de su alma. Antón se detuvo para retener en su retina aquel inolvidable paisaje, antes de entrar en la ciudad. Echaba de menos a Amelia, su mujer, que se había quedado en el valle de Arán guardando la casa; no haberse despedido de ella le mantuvo, mucho días, en una extraña desazón, pero no se podía engañar, los falangistas la estarían molestando; ser la esposa de republicano huido no era un buen salvoconducto, pero ella era muy dura y podría con todo; un escalofrío recorrió su cuerpo, en aquel momento hallaba tan grande la miseria que temía necesitar de ella, se dio cuenta de que llevaba sin yacer con Amelia más de tres meses. Cuando divisó, a lo lejos la bruma de Amiens la tarde comenzaba a caer, los rayos de sol apenas atravesaban las nubes bajas que llegaban del Atlántico cargadas de lluvia, una tenue luz se esparcía por el valle y difícilmente se podía distinguir el contorno de la ciudad, al fondo, entre suaves montículos, el cielo mostraba un gris amenazante. La tarde tenía un color sombrío y vaticinaba una noche sin suspiros; al fondo divisó una cortina de lluvia que avanzaba, pronto diluviaría a cántaros, el resplandor de las tenues luces de la ciudad iluminaba las rachas de la lluvia, que furiosa repiqueteaba contra los charcos. Levantó la cara y dejó que el agua le cegara y discurriera libremente por sus mejillas. El frío y el recuerdo de Amalia solidificaban su rostro y un gusto salobre sellaba sus labios.

Los alemanes estaban cercando la ciudad de Amiens, con ello se iniciaba el cerco nazi sobre los Aliados en el norte de Francia, lo que condujo a la salida de soldados ingleses, franceses y belgas por las playas de Dunkerque. Había quedado con el Francés en la plaza de la cate-

dral, le iba a introducir en la Resistencia, de esa manera podría sobrevivir mejor y siempre tendría un plato de comida. Cuando divisó al otro lado de la plaza la Catedral de Notre-Dame de Amiens se quedó boquiabierto, le recordaba la catedral de París, pero era mucho más esbelta. Las torres de la fachada no están rematadas. Aunque no se conservaban vidrieras en el cuerpo de naves, la luz contribuía a la desmaterialización del espacio. Se cubría toda la catedral, salvo el crucero, con bóveda de crucería simple. El crucero, que no estaba rematado por un cimborrio, se construyó al mismo tiempo que la cabecera. Se diferenciaba de otras catedrales góticas en que los muros no eran portadores de las bóvedas, sino las columnas, los maestros constructores se permitieron prescindir de esos gruesos muros opacos, con el fin de hacer penetrar la luz por toda la fachada a través de las vidrieras, permitiendo así inundar la nave y el coro de luz. En el eje del coro, se podían contemplar una inmensa vidriera coloreada.

Había llegado con media hora de adelanto, decidió entrar a la catedral. El coro estaba circundado de capillas radiales donde se podían contemplar dos grandes esculturas barrocas adornadas en oro que representaban el Nuevo y el Antiguo Testamento. La reja que protegía el coro era también una obra maestra. El coro era una representación fiel del arte versallesco: en efecto, todo estaba dorado. Al salir vio, en la esquina de la plaza con la calle Au Lin, al Francés acompañado por dos hombres y un cura, que le puso en guardia, decidió acercarse por detrás del Francés y esperar a que el cura se marchara. Había bastante gente en la plaza, se acercó tanto que podía oír perfectamente lo que estaban hablando. El cura y un joven moreno, eran los que llevaban la voz cantante.

—Amigo Pierre, la vida no es una maldición tras otra; es la misma maldición que se repite y se repite.

—No lo crea Padre, que la vida es un negocio duro de cual nadie sale con vida.

—En eso no te quitaré la razón.

–Esta guerra no será como la primera Guerra Mundial, el pacto de Amiens cerró la paz en falso y ahora pagaremos por ello. –Apostilló Joseph que llevaba un rato pensativo.

–Cierto es. –El cura se rasco la coronilla, miró al suelo y prosiguió.– La vida es un canto si aprendemos a escucharla tiene ruido; si dejamos de aturdirla tiene lágrimas si el corazón sufre; tiene sonrisas si otro la anima... Pero siempre la vida es un regalo que tiene su razón de ser en nosotros... Hagamos de ella lo que es. ¡Una obra valiosa!

–Yo daría mi vida por salvar a la patria.

–Joseph no es bueno ni de católicos el desear la muerte.

–No me interprete mal, padre. No es que quiera morir, lo que no quiero es seguir viviendo bajo el mando de nazis y traidores.

–No olvides Joseph que para manejarte a ti mismo usa tu cabeza, para manejar a los demás usa tu corazón.

Pierre se estaba cansando de tanto filosofar; siempre que estaba el cura Jean, pasaba lo mismo. Miró hacia atrás y su mirada se cruzó con la de Antón. Quedó algo inquieto, se arrimó al Francés que en ese momento, ufano, estaba sentenciando:

–No vayas por ningún camino que no sepas adónde va. No vivas soñando, lucha por realizar tus sueños.

–Oye, Francés –le dijo Pierre en voz baja–. Ese tipo no nos quita ojo ni oreja de encima, me da mala espina.

Sobresaltado el Francés giró la cabeza con mucho disimulo y vio a un hombre, de ropas humildes, algo desgarrado y con barba de una semana y cara de hambre, al principio quedó algo preocupado, pero al mirarle a los ojos éstos le sonrieron y dijo en voz alta:

–Hombre de Dios, cuándo has venido. –Se acercó a él y ambos hombres se abrazaron.– Os presento a Antón. Miró Pierre y añadió. Es el español de quien te hablé.

Joseph le miró, en aquel español había algo, un no sé qué, que no le gustaba. El Francés se dirigió a Antón y se los presentó uno a uno y al mismo tiempo le estrechaban la mano.

–Esté es Pierre... Joseph... y el cura Juan, del que somos amigos desde pequeños.

–Encantado. Respondió lacónico Antón.

–¿De donde vienes, Antón? –Le interrogó Joseph.

–Escapé del valle de Arán y tuve que entrar en Francia por Barcelona.

Quedaron esperando a que Antón se explayara. Como eso no ocurrió, Pierre decidió entrar sin contemplaciones:

–Así qué vienes de Barcelona. Antón confirmó con la cabeza. Entonces sabrás lo del atentado.

–Si te refieres al atentado del bar «España», en la Gran Vía con la plaza de España, rotundamente sí. Yo formaba parte del grupo de maquis que planearon el atentado y la muerte del el comisario en jefe del distrito de Hospitalet. La acción fue obra en grupo de Joaquín Pallarés que actuaba en Hospitalet y Sants; zona donde la represión y las humillaciones llegaban al punto de que los sacerdotes, miró al padre Jean con desprecio escoltados por la guardia civil y los falangistas, obligaban a confesar a los viandantes en plena calle.

–¡Dios mío, que ignominia! Hay un tiempo para dejar que sucedan las cosas, y un tiempo para hacer que las cosas sucedan. Yo ya sabía que el fascismo, con al anuencia de la iglesia, no traería nada bueno.

–Ponnos más al día. Le tiraba de la lengua Joseph.

–Otro grupo dirigido por Salvador Gómez Talón salvó las vidas de numerosos presos del campo de concentración de Horta, situado en «Las Llars Munde». Se presentaron vestidos de guardias civiles con una lista falsificada, para llevarse los presos de la Modelo. Pero un día, se descubrió la jugada y se produjo un enfrentamiento armado entre los falsos guardias civiles y los militares. –Antón, sabía que lo estaban poniendo a prueba, hizo una pausa clavó los ojos en Joseph hasta que este bajo la mirada.– A partir de entonces, los resistentes libertarios cambiaron de método. El campo de concentración de Horta, donde había cuatro mil prisioneros republicanos; era muy frecuentado por

una treintena de falangistas que se llevaban en cada viaje unos veinte presos, para fusilarlos sin ningún juicio en «Can Túnez» o en el «Campo de la Bota» de triste recuerdo para los anarcosindicalistas, atacaron al conductor y la escolta y consiguieron liberar a los condenados a muerte. Podría estar toda la tarde y noche contándoles tropelías de las tropas de Franco y los falangistas, pero no deseo revivirlas.

—Tienes razón. Dijo el cura que se había dado cuenta del propósito de Joseph y Pierre que había molestado a Antón. Hay cosas que no se cuentan y mueren en los corazones. Venga, dejémonos de charlar, algunos nos están mirando. Así que dejémonos de tanto palique. Os invito a cenar. Un parroquiano me ha regalado dos conejos que guisados estarán para chupar los dedos. Os espero a las nueve en casa de mi madre.

—Allí estaremos, frailecillo. —Una sonora carcajada salió de la garganta de Pierre que añadió.— Antón bienvenido a la Resistencia, hoy el único halago que tendrás será el vino del cura que es el mejor borgoña que he probado. Después, ya sabes, hambre y muerte.

Se despidieron, el cura entro la catedral y ellos cuatro vagaron por la calle Víctor Hugo camino de la casa del padre Jean. Cruzaron el bulevar d'Alsace Lorraine, dieron un largo rodeo y se internaron en una zona algo deshabitada, por el camino de Halage. Se sentaron en unas piedras que había en el campo que rodeaba la casa del cura. Las noticias de que los alemanes estaban a punto de llegar a Amiens los había enmudecido. Joseph jugaba con unos palos dándoles golpes a una piedra que tiraba al aire; Pierre y el Francés estaban absortos en sus pensamientos, mientras Antón apuraba un cigarrillo de picadura. Al cuarto de hora, apareció el cura Jean que animoso les saludó:

—¿Qué, alegrando el apetito?

—No, pensando en lo que se nos viene encima. —Replicó el Francés.

—Bueno pues no pienses tanto, los alemanes llegan en dos o tres días y ya tendrás tiempo sobrado para pensar en ellos. Sacó un llavero del bolsillo derecho de la sotana, abrió la puerta y saludó en voz alta:

–Edit, ya estamos aquí

Era una encantadora viejecita, menuda, de cabello blanco como la nieve, unos ojillos hundidos en la cara que apenas mostraban su color azul. Vestía una saya negra que envolvía una camisa blanca con los puños rematados por encaje. Con una tímida sonrisa les saludó.

–Pasad, hijos míos.

–Os presento a Edit, mi madre, aunque ella no quiere que la llame así, yo no le hago caso. Mi madre, su hermana, murió en un bombardeo en mil novecientos dieciocho, cuando yo tenía cuatro años. Mi padre, al que casi no conocí, murió al año siguiente luchando contra los alemanes. Así qué ella, aunque no lo quiera es mi madre. Se acercó a ella y rodeándola con sus brazos la abrazó y la elevó hasta que sus caras quedaron juntas, la beso en la mejilla y ella acercó su cabeza a la de él.

–Déjame, zalamero, que tengo que acabar la cena.

–Madre, ellos son: Pierre al que ya conoces, el Francés, Joseph y Antón que vienen de España a ayudarnos a luchar contra los alemanes.

–Bienvenidos ofréceles un vaso de vino mientras acabó la cena.

–Te puede ayudar el Francés que es un gran cocinero.

–Qué ni se le ocurra entrar en mi cocina. Lo que si puedes hacer poner la mesa.

Al rato apareció Edit con una gran fuente en la que sobresalía un excelente cordero asado; presentaba un aspecto muy dorado, su piel se levantaba en capas doradas por el fuego. Edit mando que se sentarán, a su lado le toco Antón, que le dio un pellizco al pan y se lo metió en la boca. Ella le dio un cachete en la mano y añadió:

–Jean, bendice la mesa.

–Señor, bendice los alimentos que vamos a comer. Sabemos que pronto el hambre y la necesidad nos embargarán. También sabemos que más que en cualquier otro tiempo de la historia, la humanidad se encuentra ante una encrucijada; una senda lleva hacia la desesperación y a la total desesperanza; la otra hacia la extinción total. Recemos para que tengamos la cordura de escoger correctamente. Amen.

Todos se santiguaron y replicaron:

–Amen.

Edit arrancó sobre los lados de la columna dorsal, largos trozos entre su pulgar y su índice y los presentaba a los invitados con la seriedad de una última cena. Ellos los tomaban sonriendo. Una vez realizada la cortesía por Edit, los invitados, complacidos, arrancaban ellos mismos las cortezas de piel, doradas y perfumadas por las brasas de la madera olorosa, luego tomaron el solomillo y la paletilla.

–Qué rico está, me recuerda a los asados del valle de Arán.

–Dice bien el españolito, disfrutar de las cosas pequeñas, por que tal vez un día vuelvas la vista atrás y te des cuenta de que eran las cosas grandes.

–Tiene usted razón doña Edit, además, nosotros en el cura tenemos un verdadero amigo y puede afirmar que poseemos dos almas. Sentenció satisfecho Joseph.

–Estás muy callado, Pierre. –Le interrogó el cura.

–Tiene usted razón, cura, viéndole junto con su tía, o mejor dicho con todo respeto: Su madre; y los hombres no nacen cuando sus madres los paren, sino cuando logran cumplir sus sueños, y, me da la impresión que usted los ha cumplido.

–Venga dejaros de tanta cháchara y a comer que el guiso se enfría. –Les inquirió Edit que se había levantado y volvía con una humeante fuente.

Sirvió el guiso, donde las verduras y los pimientos picantes, se mezclaban con las grasas calientes y fundidas con legumbres, judías, coles y pimiento que flotaban en la salsa del cordero. Cada invitado entonces con su cuchara revolvía hasta que el líquido se mezcle en su plato con la carne y las legumbres quedaban por encima.

–Venga Antón, come, que te has quedado con los brazos cruzados, recuerda que el hombre mejor del mundo murió con los brazos abiertos.

–Perdone, padre. –Le respondió cabizbajo Antón.